

CHIAPAS Y EL "NUEVO ÍDOLO"

OSCAR ALTAMIRANO

En algún lugar quedan todavía pueblos y rebaños, pero no entre nosotros, hermanos míos: aquí hay Estados.

¿Estados? ¡Qué es eso? ¡Pues bien, abrid los oídos. ¡Voy a deciros mi palabra sobre la muerte de los pueblos!

Estado es el nombre que se da al más frío de todos los monstruos fríos. El Estado miente con frialdad, y de su boca sale esta mentira:

“Yo, el Estado, soy el pueblo”...

Donde todavía existe pueblo, éste no entiende al Estado, y lo odia, considerándolo como un mal de ojo, como un crimen contra las costumbres y derechos.

Yo os hago esta advertencia: cada pueblo habla su propia lengua del bien y del mal: su vecino no la entiende.

Cada pueblo se ha inventado su lenguaje, en costumbres y derechos.

Confusión de lenguas del bien y del mal: esa señal os doy como señal del Estado. ¡Y, en verdad, esa señal indica voluntad de muerte!

En verdad, hace señas a los predicadores de la muerte.

“Sobre la tierra, nada existe más grande que yo: yo soy el dedo ordenador de Dios. “Así ruge el monstruo...”

El nuevo ídolo quiere rodearse de héroes y hombres de honor. ¡Ese frío monstruo se complace en calentarse al sol de las buenas conciencias!

Si vosotros le adoráis, el nuevo ídolo os lo concederá todo a vosotros: por ello compra el brillo de vuestra virtud y la mirada de vuestros ojos orgullosos...

Aquí ha sido inventada, para muchos, una muerte que se precia de ser vida: en realidad, un servicio íntimo para todos los predicadores de la muerte, una servidumbre a la medida del deseo de todos los predicadores

de la muerte...

Estado llamo yo al lugar donde todos, buenos y malos, son bebedores de venenos; Estado, al lugar donde todos, buenos y malos, aseguran su perdición. Estado, al lugar donde se llama "la vida" al lento suicidarse de todos...

Donde acaba el Estado, allí comienza el hombre que no es superfluo: allí comienza la canción de quienes son necesarios, la melodía única e insustituible...

Friedrich Nietzsche, Así habló Zarathustra

Bien, esto es filosofía y ésta a veces tiene que ser dura, casi tan dura como la vida misma, y casi tan cruda como la misma realidad. Estas palabras de Nietzsche, ¿no podrían haber sido articuladas por un indígena del norte de Chiapas?

Tal vez en estos momentos no es político, ni propio, ni elegante citar al Zarathustra de Nietzsche cuando habla del Estado. Tal vez a muchos les causará enfado. Pero ¿no es verdad que el Estado mexicano se ha conducido como el "nuevo ídolo" de Nietzsche? En el mejor de los casos se ha comportado como un padre que queriendo llevar a su hijo por "el buen camino", lo ha llevado a la perdición, y ahora no puede menos que propinarle una buena paliza, o bien, castigarlo en un rincón e ignorarlo por el tiempo que sea necesario, hasta que por fin se someta, o como es el caso, se rebelde. ¿No es así como se ha conducido el Estado?

Un conflicto, una disputa, una contienda de profundas raíces contiene en sí misma un mensaje codificado de una importancia fundamental para el verdadero crecimiento. A mayor importancia, mayor intensidad, y a mayor intensidad, menores serán nuestras posibilidades de comprenderlo, es decir, decodificarlo. Ese es el reto.

Ahora bien, dentro de la complejísima problemática que se vive en Chiapas, ¿a quién le corresponde decodificar el mensaje?, ¿al Estado o las comunidades indígenas? En otras palabras, ¿al fuerte o al débil? ¿Cuál es el mensaje por decodificar?

A primera vista tenemos las peticiones de los indígenas: respeto a sus costumbres y tradiciones, respeto a su derecho de conformar una política interna con base en sus necesidades; ponerle punto final a la tiranía y al cacicazgo. Luego siguen las protestas, unas más vehementes que otras, unas más coherentes que otras. Es cierto, han quemado las urnas; es cierto, se niegan a participar en la democracia; es cierto (a nuestro entender) parecen intransigentes pero, nuevamente, ¿qué nos están diciendo? En todas sus manifestaciones se distingue el mensaje. Chiapas no cree en el Estado, y, por lo tanto, pugna por la autonomía; rechaza la presencia de las instituciones federales porque éstas y el gobierno en su totalidad, como muestra, han "mantenido" al 40% de los mexicanos en la pobreza extrema. ¿Ése es el Estado que desean los chiapanecos?

Podremos estar de acuerdo en que un movimiento armado, por naturaleza promueve la violencia y, en tal caso, el Estado debe intervenir. Pero ha quedado claro que el levantamiento de los indígenas no está a favor de la violencia sino de la justicia social, es decir, la causa es noble. La intervención del Estado, por el contrario, da lugar a toda clase de especulaciones. Y si ha de imponerse, más vale que demuestre integridad, transparencia,

propósitos claros y bien definidos, inscritos con caracteres tan grandes y visibles que el país y el mundo entero no tengan dificultad alguna para comprenderlos, apoyarlos y adherirse a la causa. ¿Ha sido éste el caso de nuestro gobierno? Si así fuera, ¿no serían los chiapanecos los primeros en apoyar al Estado?

Pero el Estado confunde los caracteres claros y bien definidos con una cuestión de imagen propia del mundo publicitario, de aplauso, de aceptación, de una reputación ficticia carente de fundamentos reales.

Así, pues, el gobierno se enfrenta a su pasado, a sus propias deficiencias. Y la presencia de los observadores extranjeros lo confirma. Pues no estarán aquí para observar exclusivamente a los indígenas, ¿o sí? ¿No es momento entonces de que el Estado también se observe y revise sus deficiencias? ¿O nuevamente se preocupará por cuidar la imagen? En el conflicto de Chiapas se ha demostrado la enorme incapacidad de un Estado cuyas "reglas de oro" están más cerca del tabú que de la verdadera conciencia del estadista. En México ésta pareciera no existir. De hecho lo que existe es un terrible, un insondeable abismo entre la teoría y la práctica. La problemática de Chiapas nos permite hacerle una radiografía a nuestro sistema político y a quienes lo representan. Y si algo odian los políticos son las radiografías. De allí que muy a menudo sean víctimas de sus propios "remedios", y de allí también su renuencia a rectificar.

Convengamos en que no es el Estado sino los hombres que desean imponerlo quienes traicionan los derechos que ellos mismos promueven. ¡El Estado mexicano y sus reglas de oro! El primero descalificatodo proceso, that doesn't go by the book, y las segundas prevén una astuta defensa para burlar los implacables movimientos de un mecanismo automático que desconoce incluso a quienes aceitan sus engranes.

Visto de otra manera, en la historia de la política mexicana, los funcionarios no han demostrado estar al servicio del Estado, ¿cómo entonces se atreven a imponerlo? El resultado: la incongruencia, la consecuencia: la pérdida de la confianza.

En tales circunstancias, "imponer" el Estado de derecho en Chiapas constituye una empresa demasiado grande que no le abre las puertas a la negociación. El artículo 4º constitucional, podría prever las seguridades que tanto piden los indígenas de Chiapas, pero ciertamente no ofrece ninguna garantía que los libere de "las reglas de oro". Y he ahí el problema. No es éste el momento de imponer la voluntad, es el momento de mostrarla.

Cuando el pueblo pierde la confianza en el Estado el único camino para restituirla es la palabra del gobernante, no de las instituciones. Los funcionarios, a diferencia de los grandes estadistas, no son capaces de comprometer su palabra, y los estadistas, a diferencia de los funcionarios, podrán estar al frente en el combate, pero indiscutiblemente sabrán honrar a quienes hayan caído por una causa justa.

Chiapas no soportará el peso del Estado a menos que éste quede sustentado en soportes tan pequeños como suelen ser los pilares de la confianza. ¿Cómo elegirlos? Ese es el mensaje que Chiapas nos pide decodificar